

San. ¡Pues bien, Estrella, obedécela!
Vete y espera con todas
Las otras damas, no salga
Y te llame antes de la hora
A otro capricho cediendo.
Mas ¿oyes? del sueño torna
Don Sancho, sus pasos sientos.
Sal, Estrella, vete pronta,
No te halle aquí.

Est. ¡Dios me asista!
¡A Dios, Sancho!

San. El nos socorra,
Que solo puede tal vez
Su asistencia poderosa.
(*Va á entrar en el aposento del conde, y al mismo tiempo aparece este.*)

ESCENA III.

EL CONDE, SANCHO.

Conde. Sancho, ¿quién estaba aquí contigo?

San. Estrella, señor.
Conde. Exigente es vuestro amor
Si os trae de continuo así.
San. No fué su pasión ahora
Quien la trajo.

Conde. ¿Pues quién fué?
San. Señor, su cándida fé,
Y el amor á su señora.

Conde. ¿A la condesa?
San. Sin duda,
Que en Espinosa nacida
La es leal con la honra y vida,
Y solícita en su ayuda.

Conde. ¿Qué pasa á mi madre pues?
San. Há poco á mi vino Estrella
Temiendo, señor, por ella
Con afanoso interés;
La pobre me preguntó
Lo que anoche vi y oí.

Conde. ¿En el parque, Sancho?

San. Sí.

Conde. ¿Y se lo dijiste?
San. No.
Antes que ceder con mengua
A amor, á ambición ni miedo,
Juraros, Don Sancho, puedo
Que me arrancaré la lengua.

Conde. Gracias, Sancho; mas perdona
Si esto me trae tan inquieto.

San. Descuidad, vuestro secreto
Morirá con mi persona.

Mas vuestra madre ha pasado
La noche en insomnio horrible,
Y en agitación terrible,
Que á mi Estrella ha amedrentado:

Y buscando la razón
En esa noturna cita,
Me hizo temprana visita
En cuanto vió la ocasión

Conde. ¡Ay, Sancho! que esos traidores
El seso la han trastornado,
Y acaso la han fascinado
Con filtros encantadores.

Descuidos son, Sancho, míos:
Su gusto al deber prefiero,
Y que trate la tolero

Con moros y con judíos.
Ella piensa que la inician
En arcanos de la ciencia,
¡Vive Dios! y su conciencia
Con sus ciencias malefician.

¡Ciencia! ¿á perros tan villanos
Abrirá Dios sus tesoros?
¿Dará á judíos y á moros

Lo que niega á los cristianos?
No, imposible: en la traición
Son sabios, Sancho, no mas;
La ciencia de Satanás

Abriga su corazón.
¡Horóscopos y conjuros...!

Por vida mía que voy
A deshacerseles hoy
Con encantos mas seguros.
¿Los hombres que te encargué?

San. Ya esperan.
Conde. ¿Y el renegado?
San. ¿Qué no hará quien ha dejado
Las banderas de su fé?

Conde. ¿Consiente pues?
San. Sí, señ

¡Si hallara quien la quisiera,
Hasta su alma vendiera!

Conde. Calla, que me causa horror
San. Es el hombre mas infame
Que el suelo del mundo huella;
Dadle una dobla, y por ella
Venderá lo que mas ame.

Es una serpiente astuta
Que todo lo ve y penetra;
Quien sus crímenes perpetra
Y sus planes ejecuta
Y sus intenciones sabe.

Conde. ¿Del judío?
San. De los dos;

Mas vendedores quiere á vos
De todos ellos la llave.

¿Queréis verle?
Conde. Sancho, no:

Con él entendede tú,
Que para ese Belcebú

No tendré paciencia yo.

San. Pues vamos, que ya esclarece
Y él os lo hará presenciar.

Conde. ¿Está lejos el lugar?
San. Junto al muro me parece;
Llegamos en un minuto.

Conde. Y vé con tiento y con paz,
Porque de todo es capaz
Un malvado tan astuto.

San. Id descuidado, señor;
Lo que no haga el interés
Lo ha de poder el temor:
Fíad en mí.

Conde. Vamos pues.

ESCENA IV.

Subterráneo que sirve de habitación y laboratorio al rabino Simmel Benjamin. En medio un altar-cillo ó pira destinada á sacrificios y ceremonias paganas. Un velador triangular con paño negro, sobre el cual hay pergaminos é instrumentos de matemáticas y astronomía. Momias egipcias, cuadrúpedos y volátiles disecados. Un esqueleto humano. Vasos sepulcrales antiguos. Un reloj de arena. Entrada en el fondo. Secreta á la derecha; id. á la izquierda. Elías aparece.

ELIAS.

Ya no hay remedio, está dicho.
Esta jugada está hecha,
Y ya no pueden los dados
Recogerse de la mesa.

¡Qué otro camino quedaba!
¡Ay! de pavora me tiembla
El corazón todavía

Cuando al Montero recuerda.
Aquella seguridad
Con que hasta la boca mesma
Del subterráneo llegó

A la media noche; aquella
Confianza en el poder
De su arriesgada propuesta;

Aquel ademán resuelto
Con que la entrada secreta
Volvió á tomar, sin volverse
Para escuchar mi respuesta,

Y desde el umbral diciéndome
Con voz poderosa y hueca:
«Renegado, hasta mañana
Lo que te conviene piensa.»

Todo esto como de un sueño
Triste pesadilla horrenda
El corazón me atribula
Y el pensamiento me prensa.

¡Oh! miserable de mí,
Mas no nacer me valiera
Que dar al fin en las manos
De ese Don Sancho. Aquí cesan

Mis esperanzas efímeras
De ambición y de riqueza.
Aquí mi futura dicha,
Aquí mi ambición se estrella.

¡Ay! inútiles deseos

Que alimentó el alma necia,
Ilusiones sois perdidas,
Que el viento rápido lleva.
Pero probemos siguiendo
Del vencedor la bandera;
Todos los vientos ayudan
A quien sin rumbo navega.
Coloquemos por si acaso
Estos muebles de manera
Que están á servir dispuestos.

(*Hace lo que dice.*)

Esta pira aquí, mas cerca
Del velador, estas luces
Mas opacas, mas inciertas.

* ¡Oh, el aparato os magnífico!

* Cualquiera crédulo que entra

* En esta mansion, se humilla

* Ante el altar de la ciencia.
Siento rumor... pasos son;

Si antes que él los otros llegan
Todo se pierde.

(*Llaman. Abre en un pilar una trampa giratoria, y aparece Sancho Montero.*)

¡Ah, respiro!
El es, estamos alerta.

ESCENA V.

ELIAS, SANCHO.

San. Guárdete Dios.
El. Montero, bien venido.

San. Aparta, Elías, ceremonias necias,
Y á lo que importa vamos. ¿Qué has resuelto?
El. ¡Sancho, me mandas que á mi dueño
venda!

San. ¿No has vendido, traidor, en otros
días

Patria, amigos, amor, hijos, creencias?
El. * Montero...

San. * Concluyamos: en el parque
* Anoche el conde oyó la conferencia

* De su madre y el árabe.
El. * ¡Dios santo!

San. * Todo lo sabe.
El. * ¿Pues de mí qué espera?

San. * Que descubras á tiempo los secretos
* Que aquesta gruta misteriosa encierra.

El. * ¡Sancho!
San. * Concluye, y por tu bien elige.
Tu secreto me das ó tu cabeza.

El. ¿No hay otro medio, Sancho?

San. No hay ninguno,
Nada te ha de salvar sino tu lengua.

El. Sea, Sancho, y empieza por quitarte
De esa piedra en que estás.

San. Esta caverna

Labrada está en las rocas.

El. Eso dicen;
Mas, minada la tierra por dó quiera,
Hay en su cavidad tantos secretos
Como junturas hay entre sus peñas.
Un hombre dentro de ella burla á muchos
Si sus resortes mil diestro maneja.
Y un secreto camino va á palacio,
Por donde el sabio en el palacio entra
* Y espía sin ser visto. En fin, Montero,
* Invencion infernal es esta cueva.
* Viene aquí el rico avaro, el pobre crédulo,
* A implorar el auxilio de la ciencia,
* Y la ciencia á los pobres y á los ricos
* Con trampantojos y ficcion contesta.
* Aquí con mil prodigios engañosos
* Un porvenir mentido les revela,
* Y espíritus impuros aparecen
* En visiones ya horribles, ya risueñas.
* A veces hablan gentes á quien guarda
* Há muchos años ya la madre tierra,
* Y á veces esas urnas y esas aves
* Se sirven de sus manos y su lengua.
En fin, todo es aquí misterio y arte
Con que al crédulo vulgo se amedrenta,
Y él juzga la verdad con sus sentidos
Y su oro al sabio que le engaña deja.

San. El ignorante vulgo solamente
Pasará por patrañas tan groseras.

El. ¡Ay, Montero, las hay tan formidables,
Que al mas valiente corazon aterran!
Que es así la materia del de el hombre
Y en conocerle bien está la ciencia.
* Esto es todo, y no hay mas : todo lo sabes.
* Ahora ¡ay de mí! por cuanto caro tengas
* En este mundo, Sancho, que me ampare,
* Y del furor del conde me protejas
* Y si el oro...

San. * ¿Por Dios, me crees acaso
* Tan vil como eres tú? Si no te viera
* Temblar ante mis piés como un cobarde
* Contestara mi daga á tu insolencia.

El. * Mas ese conde...

San. * De quedar con vida
* Su palabra real por mí te empeña.

El. * Sancho, son las palabras solo ruido
* Y el aire mas ligero se lo lleva.

San. * ¡Renegado! ¿tu fé, si alguna tienes,
* A la palabra de Don Sancho niegas?

El. * Si de su misma boca la escuchara,
* Crédito y fé sin vacilar la diera;
* Que es noble y cree en la virtud Don Sancho,
* Y hasta los mismos moros lo confiesan.
Pero...

San. Cumple mis órdenes, y fia.

El. Di.

San. Escucha : muy en breve la condesa

Va á esta gruta á bajar.

El. ¡Cielos, quién pudo...!

San. Cita secreta es, y vase en ella
A desplegar, para turbar su mente,
Todo el poder de la mentida ciencia :
El conde ha de asistir.

El. Es imposible.
Sancho, que le descubran será fuerza.

San. ¿No se esconden aquí tantos secretos
Como junturas hay entre las piedras?
¿No hay aquí mil incógnitos resortes
Que escondrijos le abran y escaleras?
Todo por todo, Elias.

El. Sea, Sancho ;
Mas del conde, pues tú le representas,
Júrame en nombre que será impasible,
Oiga lo que oiga y vea lo que vea.

San. Sí.

El. Que tenga valor y sufrimiento
Para ver cuanto pase en su presencia.

San. Hombre es Don Sancho, Elias, á
quien nunca

Dieron pavor ni sombras ni quimeras.

El. Polvo es no mas, como los otros
hombres ;

Mas á buscarle vé, porque ya llegan.

ESCENA VI.

SIMUEL BENJAMIN.

La prueba última es. O cede ahora
Esa necia muger y se fascina,
Y merced á mi magia protectora
En Castilla desde hoy Judá domina,
O la ocasion se pierde de tal modo
Que todo se hunde y se malogra todo.
Alégrate, Judá. Si hoy á mi ciencia
La mugeril supersticion da vuelo,
Tierra tendrás y templos y opulencia
Con que olvidar al fin tu largo duelo :
No irás desde hoy sin término vagando
Pátria insegura en que posar buscando.
Aquí se tenderán los blancos linos
De las tiendas de Aaron : en torno de ellas
Resonarán los cánticos divinos
De la Sion bendita, y las doncellas
De Judá danzarán, nuestros misterios
Celebrando, al compás de los salterios.
¡Plegue al Dios de Jacob pronta victoria
Dar á su pueblo, y amparar mi empresa,
Y estos augurios de grandeza y gloria
No se deshagan cual fugaz pavesa!
¡Ay! dominar queremos los destinos
Y somos siempre errantes peregrinos.
Mas veamos si todo está dispuesto
Para el postrer ensayo. ¡Elias!

(Llamándole.)

ESCENA VII.

SIMUEL, ELIAS.

Sim. ¿Presto
Lo tienes todo ya?

El. Todo, rabino,
Y á vuestra voz responderá el destino.

Sim. ¿Luce el dia?

El. Ya el sol por el oriente
Va elevando su disco refulgente.

Sim. ¿No ha parecido el moro todavía?

El. Por la empinada loma ya subia
Cuando oí vuestra voz.

Sim. Que entre al momento,
Y tú á tu obligacion estáte atento.

El. Así lo haré, señor.

Sim. Préstame ahora,
Dios de Judá, tu ciencia previsora.

ESCENA VIII.

SIMUEL, HISSEM.

Sim. Bien venido seas, moro.

Hiss. Judío, guardete Alá ;

Mas sin ceremonias vamos

A lo que interesa mas.

¿Está preparado todo?

Sim. Todo preparado está.

¿Y la condesa?

Hiss. Ya llega
Con mi esclavo Ben-Jaguar.

¿Cuánto me costo vencer
Su conciencia pertinaz!

Sim. ¿Mas consintió?

Hiss. Si veia

Por sus ojos el fatal

Poder á que está sujeto

Su destino.

Sim. Lo verá.

Su ciega supersticion

A sus ojos va á cambiar

La mentida ceremonia

En exacta realidad.

Hiss. *Vé con tiento, Benjamin ;

*Su mente hay necesidad

*De exaltar con tus pronósticos ;

*Mas como arriesgado azar

*Es sin duda el demostrarla

*Prodigios que no querrá

*Crear acaso, primero

*Su amor es fuerza irritar

*Y su ambicion y aun sus zelos.

*Y esto á fallarnos quizás

*Entonces todo á tu ciencia

*Lo tendremos que arriesgar.

*No escasées sortilegios

*Ni invenciones ; tal vez ya

*Es este el último dia

*Que nos resta aprovechar.

Sim. * ;Cómo!

Hiss. * Sí ; mañana el conde

*De Burgos nos lanzará,

*O acaso tumba nos abra.

Sim. * Hissem, de todo es capaz.

Hiss. * Pues bien, Simuel, no lo olvidés,

*Fuerza es caer ó acabar

*De una vez con ese rayo

*A nuestra grey tan fatal.

Sim. * De lo que puede mi ciencia

*Tú mismo te has de asombrar.

*Elias sabe mis órdenes,

*Y ante sus ojos pondrá

*Prodigios aterradores

*Que su alma han de atribular.

Hiss. * Vete con tiento, Simuel.

Sim. * Bravo Hissem, tres años van

*De leccion, y yo respondo

*Del electo que la hará.

*Tres años que estoy hipócrita,

*Taimado, astuto y sagaz,

*Enseñándola una ciencia

*Que jamás aprenderá,

*Mas que ha puesto su cabeza

*En un estado capaz

*De abandonarse en mis brazos

*En completa ceguedad.

Hiss. Mi amor á un tiempo, Simuel,

A tu ciencia ayudará.

Si así lo haces, tu servicio

Recompensado verás,

Dando en Castilla á tu tribu

Tierra y templos que habitar.

¿No es ese tu gran deseo?

Sim. Sí ; ¿mas tú lo cumplirás?

Hiss. Mira el pliego de Almanzor :

Castilla en reino me da

Si yo al poder del cristiano

Se la consigo arrancar.

Ocultos en esas sierras

Cuatro mil moros están

Prontos á meterse en Burgos

A la primera señal.

¿Los castellanos sin jefe,

Muerto Don Sancho, qué harán?

El palacio de su dueño

Y su cadáver cercar.

Llorar, Simuel, y apenarse,

Y volverse cuando mas

Contra la escondida mano

Que apagó su luz vital.

Sim. ¿Mas y esa mano escondida...?

Hiss. Pronto encontrada será

Y entregada al populacho

Su furor para saciar.

Sim. ¿Pero ella misma?

Hiss. Escalon
De nuestro poder será;
Los dos á una misma tumba
Y en un día bajarán.

Sim. * ¿Y será Burgos...?

Hiss. * Mi reino,
* Donde los tuyos tendrán
* Templos y tierra segura,
* Y comercio y libertad.
* (Sabedor de mi secreto,
* Muy pronto te enterrarán.)

Sim. * (Con mi ciencia poco á poco
* Del trono bajando irás.)

Hiss. Ea, pues, siento que llega:
Prepara, sabio, tu altar.

Sim. Cumple tú lo que te toca,
Y ayude al sabio el galan.

ESCENA IX.

(Ella introduce á la condesa, que viene cubierta con un largo velo, y se vuelve.)

LA CONDESA, HISSEM, SIMUEL
BENJAMIN.

Sim. Salud, condesa.

Condesa. Sabio israelita,
Salud. ¡Hissem aquí!

Hiss. Aquí, señora,
Que vuestra dicha y salvacion medita
Hissem, que espera en vos, y en vos adora.

Condesa. Hissem, que por dó quier al par
me sigue

De mi conciencia ¡ay Dios! sombra evocada.
Hiss. ¡Sombra feliz si vuestro bien consigue
Siempre en cuidado vuestro desvelada!

Condesa. Hissem, ¡qué noche tan fatal
me has dado!

¡Qué ensueños mas horribles he tenido!

Sim. ¿Un calmante quereis?

Condesa. No; ha disipado
El día mi temor.

Sim. ¿Razon ha habido?

Hiss. Simuel, ese hijo vil que la esclaviza
Hoy nos aparta de ella como gente
Indigna de tratarse, allegadiza,
Y yo por convencerla solamente
Del intento traidor que á ello le atiza
La revelé su horóscopo.

Sim. ¡Imprudente!

¿Crees tú que una muger tenga harto brio
Para sondar el porvenir sombrío?

Condesa. Simuel, no me dió el sér vil
villano,

Y un corazon tan animoso tengo
Que no le da pavor su negro arcano,
Y de tu voz para escucharle vengo.

Di, pues, ¿será tu ciencia desmentida

En lo que atañe á mi futura vida?

¿Es cierto, dime, que podrá por ella

A tus conjuros responder mi estrella?

Sim. Al necio humano que en mi ciencia
duda

Su mágico poder jamás ayuda.

Condesa. Responde; á esta caverna á esto
he bajado.

Sim. ¡Oh! ¡mil veces perdon, noble con-
desa!

Lo confieso, seis noches he pasado

Velando, y vuestro horóscopo he trazado.

Condesa. ¿Y qué? (Con afan.)

Sim. ¡Ay de mí! ¡que lo sepais me pesa!

Pésame, sí, de que la ciencia mia

Fiara de un amante este secreto,

Que nadie es sabio si en amor se fia.

Hiss. Perdonadme, Simuel, mi solo objeto

Fué apartar de su frente el golpe rudo.

Yo la idolatro, si; ¿cómo pudiera

Su destino esperar sereno y mudo?

Imposible, Simuel, antes muriera.

Condesa. ¡Hissem! (Con amor.)

Hiss. Perdon, sultana: el alma fria

De ese judío con la edad helada

El fallo de su ciencia callaria;

Pero jamás un alma enamorada.

Tú, solo tú en el mundo me interesa,

Y en amarte no mas mi ánima absorta

Todo su voluntad te guarda ilesa,

Y cuanto tú no seas ¿qué la importa?

Condesa. ¡Hissem! (Con entusiasmo.)

Hiss., con amargura. ¡Mas ay! por

nuestra estrella impía

Hoy partiré de aquí, sultana mia,

Y ahogará, si su curso no torcemos,

Tres años de esperanzas este dia.

Condesa. Eso jamás, Hissem: le torce-
remos.

Renunciar á tu amor es imposible;

Dentro del fiero corazon le halago

Mucho tiempo hace ya y es invencible;

Nada detiene su tremendo estrago.

A esta fatal pasion ceda primero

Cuanto fui, cuanto soy y cuanto espero.

Abreme ¡oh sabio! el infernal volúmen

Del hondo porvenir, y aunque al saberles

Sus secretos fatídicos me abrumen,

Quiero una vez para mi mal leerles;

Quiero saber que á mi destino cedo

Por ruin fatalidad, mas no por miedo.

Sim. Vedlo bien, y os advierto que aun
es hora:

De la vida mortal ir el camino

Siguiendo á ciegas vale mas, señora,

Que penetrar el fallo del destino,

Que es siempre mas feliz quien mas lo ignora.

Condesa. Tú me lo has dicho; cada sér
que nace

Trae una estrella que su vida rige,

Y por el solo rumbo que ella trace

Se abre la senda que á su fin dirige;

¡Pues bien, yo quiero ver mi oculta senda:

Si á caer mi sentencia ha de arrastrarme,

Antes de hundirme por la sima horrenda

A su boca fatal quiero asomarme.

Sim. Pues mirad que esa senda es esca-
brosa,

Que está escrita con sangre esa sentencia.

¡Oh! respetad la nube misteriosa

Que envuelve vuestra misera existencia.

Sucumbid sin luchar, é id animosa

Sin peso tan fatal en la conciencia.

Condesa. ¿Sucumbir sin luchar? eso es
cobarde,

Y aunque fuera razon fuera muy tarde.

Si he de ceder á mi contraria suerte

No será sin luchar, frente he de hacerla;

Y si es mi estrella el astro de mi muerte,

Si no puedo apagarla ni torcerla

Sabré que, atada á su siniestro rumbo,

Ella me arrastra, pero no sucumbo.

Sim., mostrándola un pergamino. Pues
bien, ved vuestro horóscopo.

Condesa. ¿Y qué es esto?

Sim. Los astros en aqueste planetario

El porvenir os ponen manifesto.

Condesa. ¿Y á qué este laberinto es ne-
cesario

De rayas quirománticas?

Sim. Señora,

Ahí está para el sabio la evidencia

De vuestro porvenir; leed ahora

(Le vuelve el pergamino del otro lado.)

Reducida á palabras su sentencia.

Condesa. (Lee.)

« Quien consulta ese horóscopo va en breve

Tras de duelos y afanes bien prolijos

Víctima á ser de sus ingratos hijos. »

(Representando.) ¡Cielos! ¿y esto es...?

Sim., interrumpiéndola. Lo que cum-
plirse debe.

Condesa. ¿Y es verdad, justo Dios, y
esto del conde,

De Don Sancho mi horóscopo responde?

Hiss. Mas hijo no teneis: luego á él se
ajusta

Esa revelacion con que os lo avisa

Generoso el destino aunque os asusta.

Condesa. Fatal sentencia es.

Sim. Pero precisa.

Condesa. No turbes mi razon con torpe
labio,

Fascinando mi fé, viejo rabino.

¿No acontece tal vez que yerra el sabio?

Sim. El hombre acaso, pero no el destino.

Condesa. Fácil es engañar á una matrona

Que tu ciencia celeste no penetra,

Cuando puede detrás de cada letra

Su horóscopo esconder una corona.

Sim. Pues el medio elegid que mas os
cuadre;

El azar en que hayais mas confianza

Discurrid, y del hijo y de la madre

Pesaremos la suerte en su balanza.

Los muertos evocad y os dirán eso;

Apelad á los sueños y eso mismo

Dirán tambien; y donde quiera espreso

El agüero vereis y el fatalismo.

Ya sea que á la suerte se encomiende,

Ya á espíritus terribles se consulte,

Trastórnese el pronóstico ó se enmiende,

Eso será no mas lo que resulte.

Las vidas de los dos por un sendero

No pueden juntas ir; las dos no caben;

Y una de entrambas cederá primero;

Mas ¿cuál? los cielos nada mas lo saben.

Condesa. Vea yo, pues, su voluntad es-
presa,

Póngalo ante mis ojos un vestigio

De ese poder incógnito, un prodigio

Hable, y con él mi incertidumbre cesa.

Sim. O matar ó morir es vuestro sino;

Tal es mi ciencia y tal vuestro destino.

Condesa. Ponme, Simuel, patente su
mandado,

Y cedo ¡vive Dios! y muero ó mato.

Sim. Pues bien, á verlo vais.

Hiss. (ap. á Sim.). Harto hizo el sabio:

Judío, aun queda del amante al labio

El último resorte; y si á esta nueva

Invenccion se resiste

Apelaremos á tu ciencia insana.

Vete.

ESCENA X.

LA CONDESA, HISSEM.

Hiss. Antes que te arriesgues á esa prueba,
Solo un momento escúchame, sultana.

Quiérete el moro ó muerta, ó soberana:

Armas, oro, un ejército te ofrece:

¿Qué mas claro el destino te parece

Cuando en tu mano pone esta mañana,

Y á tu antojo abandona

Un lecho funeral ó una corona?

Por cuanto caro en tu existencia tengas,

Que á esa prueba infernal nunca te avengas.

Condesa., con espanto. ¿Con que es ver-
dad, Hissem? ¿Puede su ciencia

Cumplir lo que promete?

Hiss. Veces ciento

Patentizó á mis ojos la esperiencia

Que responde á su voz el firmamento.

* Mil veces en furtiva conferencia

* Al soldado, al mendigo, al opulento

* Les marcó de su muerte la hora oculta,

* Y la hora fué de la fatal consulta.

Condesa. * ¡Cielos!

Hiss. * ¿Ves esos muebles que su estancia

* Cercan en derredor? A su voz todos

* Alma recibirán de varios modos,

* Aterrando la tuya. — Si, sultana,

* Todo es misterio aquí; y esas redomas

* Que hacen creer á nuestra vista humana

* Que contienen espíritus y gomas,

* El elixir encierran de las vidas

* Cuyas horas de aliento están medidas.

Condesa. ¿Es tanto su poder?

Hiss. Oh, no te asombre,

Todo lo puede con la ciencia el hombre;

Y hombre soy yo también, y tiemblo ahora

Ante esa ceremonia aterradora.

Condesa. No lo acierto á creer.

Hiss. Le vi mil veces

Los muertos evocar de sus conjuros

Al secreto poder, y de sus preces

Con las palabras mágicas; seguros

Sus pronósticos son, y ese que miras

Respecto al porvenir que á tí te espera

Es la espresion de las ceñidas iras.

Condesa. ¿Y preciso ha de ser que mate ó muera?

Hiss. Sí, lo mismo que yo.

Condesa. ¡Cielos! ¿Qué dices?

Hiss. Salga al fin de una vez del pecho mio

Este fatal secreto: el hado impio

Ató nuestros destinos infelices.

Condesa. * No te entiendo.

Hiss. * Oye; á mi importuno ruego

* El mio consultó con las estrellas

* El sabio israelita.

Condesa, con afan. * ¿Y supo de ellas...?

Hiss. * Cuanto anuncióme, realizóse luego.

Escucha pues nuestro enlazado sino.

Tú dependes del conde; á un soplo suyo

Cambiará para siempre tu destino;

Mas yo pendo de tí, mio es el tuyo,

Y si no hago que Sancho á tí sucumba,

Nuestro destino es él, el nuestra tumba.

O él, ó nosotros dos.

Condesa. ¡Es imposible!

Hiss. O él ó nosotros dos, no hay esperanza.

Condesa. Tú no lo crees, Hissem: ¡eso es horrible!

Hiss. * Aun yace el fiel de la fatal balanza

* En la mitad del peso equilibrado;

* Mas solo un dia, una mañana queda

* Para que pierda el equilibrio y ceda.

Resuélvete.

Condesa. Jamás.

Hiss. ¿Lo has meditado?

Condesa. Sí, y no osarán mis manos á su vida,

Á no verlo yo misma decretado

Claramente en el cielo.

Hiss. ¡Fementida!

* ¿Así mi amor, mi ayuda, una corona

* Renuncias, pese á mi, cobardemente,

* Y el lazo que á tu vida me eslabona

* Rompes tan sin pesar villanamente?

* ¡Tu destino desprecias temeraria!

* ¿No crees en él? — Yo sí, y para evitarle

* Separaré de tí mi suerte varia.

Condesa. ¡Moro!

Hiss. Está bien; atiende desde ahora

Solo á sí mismo cada cual, traidora.

Condesa. De esa manera, Hissem...

Hiss., interrumpiéndola. De esa manera

De mi propia cerviz sabré apartarle.

¿Conoces este pliego? (Muéstrale.)

Condesa. ¡Ah! ¿qué imaginas!

Hiss. Todo por todo.

Condesa. ¡Corazon de fiera!

¿Qué es lo que vas á hacer?

Hiss. ¿No lo adivinas?

Condesa. ¡Ese pliego...!

Hiss. Es tu carta; en ella le haces

Un encargo á este Hissem que te habla ahora.

Lee, lee: « *Mi esposo sale con sus haces,*

« *Hazle que caiga en emboscada mora.* »

Condesa. ¡Cielos!

Hiss. Cayó: su cuerpo fué comprado

A fuerza de dinero, y fué Hissem mismo

Quien lo trajo á lanzadas traspasado.

Tu mano y tu corona has empeñado

Por tal servicio: cumple, ó un abismo

Te abro, esta carta al conde remitiendo,

Tus esperanzas para siempre hundiendo.

Condesa. ¡Bárbaro Hissem! ¡y lo pondrás

por obra!

Hiss. ¡Sí, juro á Alá! pues matas mi es-

peranza,

* En tu reino, y tu amor, todo me sobra:

* Mas te daré venganza por venganza.

* ¡Ay, tuve orgullo en tí mientras me ama-

bas!

* Mas hoy, traidora, que mi orgullo ofendes

No rindiendo á mi amor cuanto esperabas

Cual yo, te venderé cual tú me vendes.

Condesa. ¿Yo? ¿Yo venderte, Hissem?

Sella esa boca:

¿Yo venderte, que te amo mas que al mundo?

Calla, ó por Dios que volverasme loca.

Hiss. Bien ese amor demuestras tan pro-

fundo,

Sultana, contra mí cuando atropellas

Hasta la misma ley de las estrellas.

ESCENA XII.

EL TEATRO QUEDA UN MOMENTO SOLO. EL CONDE APARECE ABRIENDO UNA TRAMPA GIRATORIA PRACTICADA EN UN PILAR, Y SANCHO MONTERO TRAS EL CALMANDOLE.

San. Señor, calmaos.

Conde. No, Montero,

Déjame respirar; deja que exhale

Su enojo y su pesar un caballero

Que ultrajar mira así lo que mas vale,

Mi honor, Sancho: ¿y por quién? por

quien mas quiero;

Por mi madre...

San. Señor...

Conde. Aparta, Sancho,

Y espacio deja á mis lamentos ancho.

Deja que sufra en paz, y que me queje

A solas de mi mal, ya que es preciso

Que aquí en mi corazon la esconda y deje,

Porque el juicio de Dios así lo quiso.

Porque es su ley que justicia ceje

Ante mayor razon, y un paraíso

Lleve en el rostro, mientras roe interno

Mi pobre corazon todo un infierno.

Di, Sancho, ¿y tú lo crees? ¿y esa es mi

madre?

¡Por un bárbaro infiel ciega y prendada!

¡Ella dando por él muerte á mi padre!

(*Con agitacion.*)

¡A mi vida por él osando airada!

¿Y qué halla en él que á su nobleza cuadre?

¿Qué ama en él su pasion desventurada?

¡Pliegues del corazon que solo sabe

Dios, que del corazon guarda la llave!

San. Serenaos, señor.

Conde, calmándose de repente. Ya estoy

sereno.

San. Y no olvidéis que su traidora

ciencia

A vuestros dias aplazó un veneno.

Conde. No será la que corte mi existencia;

No temas por la mia ¡oh Sancho bueno!

Yo haré caer sobre ellos su sentencia,

Y tal será mi fallo furibundo

Que asombro cause al venidero mundo.

ESCENA XIII

DICHOS, ELIAS.

El. Señor...

(*Echándose á los piés del conde.*)

Conde. ¿Quién es ese hombre?

El. Un miserable,

Señor, que á vuestras plantas humillado

Viene á pedir su vida detestable.

¿Qué me amas dices? — Mientes.

Condesa. Pues bien, moro,

Habla: ¿qué exiges de mi amor? responde.

Hiss. Abre un sepulcro.

Condesa. Bien, morirá el conde.

Mas ese pliego horrible...

Hiss. Con tus manos

Mil pedazos le harás, y este secreto

Jamás penetrarán ojos humanos.

Condesa. Cúmplase, sí, el recóndito de-

creto

De mi suerte fatal; mas pronto sea,

Antes que calme mi pasion precita,

Y este vértigo horrendo que me agita

Contra mí misma convertido vea.

Hiss. Hoy mismo.

Condesa. Sí.

Hiss. En la mesa.

Condesa. Sí.

Hiss., llamando. ¡Judío!

ESCENA XI.

LA CONDESA, HISSEM, SIMUEL.

Hiss. Pronto: ¿posees un elixir que acabe

Una vida en un punto?

Sim. ¡.

Hiss. ¿Que oculte

Su presencia en el cuerpo?

Sim. Sí, que lave

La mano que le ofrezca, y que sepulte

En sombra eterna el atentado grave.

Hiss. Tráelo pues.

Sim. ¿Para quién?

Hiss. ¿No es su destino

O matar ó morir?

Sim. Sí.

Hiss. Pues le acepta.

Sim. ¿Y el conjuro sin ver?

Hiss. Ese es su sino,

Y de ello siente conviccion perfecta.

Sim. Venid y os le daré.

Condesa. Y á mi palacio

Partamos en seguida,

Y aprovechemos el primer espacio:

Que es fuerza que hoy se arriesgue y se

decida

Poder contra poder, vida por vida.

Hiss. Y amor, y trono, y libertad, sultana,

Esta tarde tendrás.

Condesa, volviéndose desde la puerta.

Moro, descuida:

Muerta tengo de ser, ó soberana.

Hiss. y Sim. Vamos.

(*Vanse por la salida del fondo.*)

Conde. Sancho, ¿quién es?

San. Señor, el renegado.

Conde. ¿Cómplice de las tramas infernales

De esos traidores es?

San. Sin duda alguna,
Y su siervo mas fiel.

Conde. Por cuanto vales
Responde, y di á tu lengua que reuna
Cuanta sinceridad en ella quepa
Para decir al punto cuanto sepa.

El. ¡Señor!

Conde. Lo cierto te valdrá la vida;
Dime : ¿cuál es ese conjuro horrendo
Que aprestaba su ciencia maldecida,
Y que á mi pobre madre fascinando
La arrastraba al delito mas infando?

El. Señor, un filtro de poder tremendo
Que al espíritu crédulo estremece :
Un licor que el cerebro enardeciendo
Le fascina, le turba, le enloquece :
Y el ánimo á esta farsa disponiendo
Le hace en falso juzgar de cuanto ofrece
El pretendido sabio á sus sentidos,
En visiones y encantos prevenidos.

Conde. ¡Infames!

El. Y la fiebre que produce
Es un vértigo horrible, es un ensueño
Que á cuanto el sabio necesita induce ;
Le hace del alma del paciente dueño,
Y á cuanto la vision falsa le incita
El crédulo mortal se precipita.

Conde. ¡Basta! ¡basta, por Cristo! im-
pia ciencia

Digna no mas de moros y judíos ;
Artes por mi fatal condescendencia
Hoy practicadas en los reinos míos.
Mas hoy concluirán. Sancho, ese hombre,
Que ha asistido á tan torpes sortilegios
Debe morir.

San. Señor, aunque os asombre,
Le concedí la vida en vuestro nombre.

Conde. Válgame, Sancho, pues los pri-
vilegios

De mi palabra real; pero su lengua
Renegó de su Dios y fuera mengua
Sin castigo dejar sus sacrilegios.
Sancho, en un calabozo eternamente
Yazga ; y privado de la lengua y manos
Que no pueda jamás, aunque lo intente,
Revelar lo que sabe á los humanos.

¡Silencio! esto ha de ser: un solo acento
En la garganta os cortará el aliento.

(*Sancho le lleva y vuelve.*)

ESCENA XIV.

EL CONDE.

Todos á precio tal su vida estimen
Los que delito tan odioso entiendan.
Sí, mueran antes que á mi madre vendan :
Caiga la eternidad sobre su crimen.
Señor, que el corazon de los mortales
Desde tu régia escelsitud penetras,
Y á través de apariencias terrenales
Lées su verdad en invisibles letras ;
Tú, que con tus miradas paternales
Mi gran resolucion en mí perpetras,
Tú, que conoces de mi afan lo estenso,
Benigno acepta el sacrificio inmenso.

ESCENA XV.

EL CONDE, SANCHO.

Conde. ¿Eres tú?

San. Sí, señor.

Conde. ¿Está seguro?

San. Sí.

Conde. ¿Con nadie hablará?

San. Con alma humana :
Guárdale solo el callejon del muro,
Y allí estará al partir.

Conde. De buena gana
Le perdonara, Sancho, mas no puedo,
Que aun de mi misma lengua tengo miedo.

San. ¡Pero llorais, señor!

Conde. Fuego derramo,
Sangre que quema mis hinchados ojos.

San. ¡Ah! moderad, señor, tantos eno-
jos.

Conde. Sancho, voy á inmolar lo que
mas amo.

¿No tengo de llorar? Sí, Sancho, lloro
Porque voy á perder en un momento
La madre criminal en quien adoro,
Y el honor, que aprecié mas que el aliento.

¿Lo oistes? hijo vil que la esclaviza
Apellidarme osó delante de ella
Esa canalla ruin que me la hechiza
Con las necias patrañas de su estrella
Y calló... ¡ah! todos hoy serán ceniza
Todos caerán bajo mi airada huella.

San. ¡Todos! (*Con asombro.*)

Conde. Sí.

San. ¿Tambien ella? (*Mas.*)

Conde. Sancho, tente,
No temas nunca que á mi madre atente.
Siempre de entre los dos será primero ;
Demi madre ó mi honor, mi honor sucumba :
Al suyo ceda el universo entero,
Y ábrase al hijo envilecida tumba.

ACTO TERCERO.

Decoracion cerrada, que representa un comedor ochavado, y del cual se manifiestan al espectador cincos lados. En el primero de la derecha una puerta que da á las habitaciones de la condesa. En el primero de la izquierda otra que conduce al exterior del edificio. En el segundo lado de la derecha otra que da á un camarín. En el opuesto otra idem. En el fondo otra, con vidrieras de colores que da al interior del edificio, cruzando una pequeña estancia que contiene el aparador y vajilla del conde. — Mesa y dos sillones.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, SIMUEL, ENTRANDO POR LA PUERTA DEL FONDO.

Conde. ¿Y á mi palacio asi, ¡por vida mia!

En el silencio de la noche oscura
Este oculto camino te traia!

Sim. ¡Señor!

Conde. con desprecio. Y estás tamblando
de pavora

Con solo preguntártelo, ¡cobarde!
¿Y eres tú quien penetra los destinos
De mi familia? ¡de ello harás alarde
Tan solo entre mugeres y asesinos!
¡Vive Dios! si quien eres no mirara
Y no viera quien soy, torpe gusano
En polvo entre mis manos te tornara :

Mas te honrara matándote mi mano.
¡Eh! no temas, imbécil, de la mia,
Que victoria tan ruin me humillaria.
En fin, si has de salvarte, solamente
Hay un medio y lo sabes; sé prudente,
Y dime al cabo y por la vez postrera
Si riesgo alguno el individuo corre.

Sim. Probadlo en mí, señor, si eso os altera,

Y mi existencia vuestra duda borre.
Conde. De traidores cual tú todo lo temo ;
Fueras capaz, por conseguir venganza,
De llevar la traicion hasta ese extremo.

Sim. Señor, tan singular desconfianza
Es indigna de vos. Arrepentido,
Solo ese medio espero de obligaros,
Si no al perdon, al menos al olvido.
¡Y ni aun con mi existencia osais fiaros!

Conde. Al miedo creo de que estáis transido
Mas que á todos tus lógicos reparos :
Pero solo, Simuel, solo á este precio
Cederá mi venganza á mi desprecio.
Piénsalo bien, y solo de este modo
Todo lo aparto y te lo olvido todo.

Sim. Y á vuestros piés, señor...

Conde. Alza, rabino,
Y ojalá que hoy mi liberal clemencia

Sobre mí su baldon que caiga quiero,
Y pues mi honor por ella se derrumba,
Que á mí tan solo su baldon me siga,
Y el universo entero me maldiga.

San. ¿Qué es lo que hablais, señor, que
no os entiendo?

Conde. No lo entiendas jamás, si vivir
quieres.

Este secreto formidable, horrendo,
Si lo aciertas tal vez, cállalo ó mueres.

San. ¡Ah!... el sacrificio colosal com-
prendo

Y me espanta, señor.

Conde. Si leal eres,

Sea tu corazon su eterno abismo.

San. Callando imitaré vuestro heroismo.

Conde. No sabes ¡ay de mí! cuánto me
cuesta

Tamaña abnegacion; que al fin, Montero,
Para mí nada mas será funesta.

Mas á mi fama mi deber prefiero ;

Su hijo nació; mi obligacion es esta,

Y obraré como debe un caballero.
Sabré, aunque el mundo me acrimine un día,
Que obró mi corazon como debía.

San. Culpe, señor, vuestra fatal estrella.

Conde. No; la virtud á medias no practico,
Sancho, no quede de mi hazaña huella;
Ignore el mundo lo que no le esplico.

Entre mi madre y yo, primero es ella :

¡Venza pues! cuanto soy la sacrificio.

Quede por siempre limpia su memoria,

Y eche en mí solo su borron la historia.

Mas... el judío...

(*Al entrar Simuel, el conde se emboza y
Sancho se aparta. — El judío se asom-
bra de hallarlos allí.*)

ESCENA XVI.

EL CONDE, SIMUEL BENJAMIN, SANCHO.

Sim., al ver al conde. ¡Dios!

Conde. yéndose á él. ¿Qué hay
que te asombre?

Todo lo oí, y del conde la mancilla

Tú mismo has de lavar.

Sim. Fantasma ú hombre,

¡Quién te trajo hasta aqui? ¿cuál es tu
nombre?

Conde. Dobra para escucharle la rodilla.

Sim. ¿Yo? ¿y á quién?

Conde. descubriéndose. A Don Sancho de
Castilla.

(*Queda Don Sancho desembozándose en
una actitud que revele toda la dignidad
de su carácter, y cae á sus piés el judío.
Cae el telón.*)

De conocer te ponga en el camino
Del solo Dios la verdadera ciencia.

Sim. ¡ Ah! mientras viva rogaré al destino...

Conde. Ten esa lengua vil, y en mi asistencia

No invoques mas poder ni mas ayuda
Que la del Dios en quien tu ciencia duda.
Sigueme.

(Abre el camarín de la izquierda, y le dice mostrándosele :)

En esta estancia, retirado

Y en silencio estarás : aquí tu suerte

Esperarás, y el término fijado :

Y el éxito será de tu bebida

El fallo de tu muerte ó de tu vida.

Entra, y miralo bien.

(Le cierra y guarda la llave.)

ESCENA II.

EL CONDE.

Tiembo y me espanto
Cuanto medito mas la horrible idea.

¡ Que mi madre ¡ ay de mi! me obligue á tanto !

Que ella la criminal, mi madre, sea
Causa de mi baldon y de mi llanto!

¡ Ella echar sobre mi mancha tan fea

Sin que pueda decirse en pro del bueno :

« Lleva la mancha del delito ajeno ! »

Arráncame, buen Dios, del pensamiento

Esta idea cruel, desgarradora :

Sopla en mi corazón virtud y aliento

Que resista su fuerza tentadora :

Pon en mis manos y en mi lengua tiento

Para obrar y decir desde esta hora

Lo que cumpla no mas al sacrificio

Que comprende no mas tu escelso juicio.

(Llama á la puerta que da al exterior.)

¿ Quién va? *(El conde abre, y sale Sancho.)*

ESCENA III.

EL CONDE, SANCHO.

Conde. Sancho, ¿ qué has hecho?

San. Puntualmente

Vuestro encargo, señor, dejo cumplido.

Conde. ¿ Le traes?

San. Se resistió bizarramente,

Pero por fin al número ha cedido.

Conde. ¡ Muerto!

San. No : me mandásteis solamente

Que le apresara, y preso os le he traído.

Conde. Está bien. ¿ Y la carta?

San. Iba á romperla,

Mas no le di lugar.

Conde. Trae, Sancho, á verla.

(Sancho le da el pergamino que Hissem mostró á la condesa en la escena X del acto II. El conde le toma, le mira, y le guarda. Despues se vuelve diciéndole con mirada penetrante :)

¿ La leiste?

San. Mis ojos jamás osan

Adonde mi señor pone los suyos.

Conde. Mis planes, Sancho, en tu amistad reposan ;

Para velarme, pues, guarda los tuyos.

San. Lince seré, señor, que vigilante

No los quite de vos solo un instante.

Conde. Tú eres no mas ; oh Sancho! mi consuelo :

Hoy á mi madre cuanto tengo inmolo,

Y si tu lealtad me roba el cielo,

En la tierra desde hoy quedaré solo.

San. Señor, antes la luz al medio día

Ha de faltar al sol ; antes al viento

Ha de faltar impulso y armonía,

Y á las corrientes aguas movimiento,

Y al suelo sombra en la enramada umbría,

Y al águila el espacio y ardimiento,

Y al cielo estrellas que su azul esmalten

Que á vos mi aliento y corazón os falten.

Conde. Gracias, Sancho leal ; bien necesitado

Un corazón que con el mío llora

Cuando la mancha de su vil delito

A los ojos del mundo me desdore.

Tú solo entonces me darás consuelo

De mi secreto cruel depositario,

Y en tanto, por mi bien, pídele al cielo

Que el valor no me niegue necesario.

San. Si ha de mi vida menester la vuestra,

Hablad, señor, la inmolaré tranquilo.

Conde. No, Sancho : ante otra muerte mas siniestra

Que la del cuerpo material vacilo.

Ante otra precision tiembla mi diestra,

No acostumbrada á tan traidor estilo,

Y recelos recónditos me oprimen ;

Que aunque es una virtud parece un crimen.

Mas no es posible que tu mente mida

La intensidad de mi pesar. Montero,

A ese hombre guarda hasta que yo le pida :

Que no hable á nadie, y de que bien vigilen

Mis castellanos por los muros cuida.

Mas que muchos á un punto no se apilen,

No astuto el moro de las sierras vea

Que vamos á salir á la pelea.

San. ¿ Cuándo será, señor?

Conde. Al medio día,

Mas antes de partir, frugal y corta

ESCENA VI.

LA CONDESA ; SANCHO MONTERO, CON FRUTAS EN CANASTILLOS, ETC.

Condesa. ¿ Quién es? Sancho. (¡ Ay de mí! Temblé al sentirle.)

San. Yo soy, señora. ¿ Qué ordenais?

Condesa. ¿ Qué traes?

San. De mi señor las órdenes cumpliendo,

Víandas son.

Condesa. ¡ Tan pronto!

San. A la lid parte

Y, con permiso vuestro, de hoy dispon

Que la primer comida se adelante.

¿ Vos le acompañareis?

Condesa. Sí.

San. Despedirse

Querrá de vos por si malogra el trance.

Condesa. Es justo, Sancho : sus mandatos cumple

Y al cielo ruega que le ayude y guarde.

San. Si rogaré, mas como buen vasallo

Iré luego con él para ayudarle.

Condesa. (Todos fieles le son.) Bien dicho, Sancho ;

Hidalgo en eso lo que debes haces.

(Me da este hombre rubor.)

San. Ya está la mesa.

Al conde avisaré cuando gustáreis.

Condesa. No, Sancho, no ; le avisaré yo misma.

San. Como os plazca mejor.

Condesa. Así me place.

Sal.

ESCENA VII.

LA CONDESA.

Ya estoy sola y la ocasion es esta

¡ Ay! mi razon se turba en tal instante,

Y en cuanto me rodea veo atónita

La mano del destino formidable.

Esta mesa, esta estancia solitaria...

¡ Parece que á propósito lo hacen!

Cielo, de mi virtud siempre enemigo,

¿ A qué ponerme la ocasion tan fácil?

¿ No bastaba ¡ ay de mí, que consintiese

Débil mi corazón en despeñarme

Sin que á la boca de la sima horrenda

Me trajeras tú mismo, que lo sabes?

Ea, vamos : ayúdame, ¡ oh infierno!

(Saca del pecho un pomo.)

Ya la copa fatal tengo delante,

Y mi estrella y mi amor así lo quieren...

¡ Ay! pero tiembla el corazón cobarde,

Tiembla mi mano la letal ponzoña

Comida haremos, á costumbre mia,
Y que nos sirvas solo tú me importa.

San. Señor...

Conde. Siempre afanoso, Sancho, se halla

El corazón mas noble y mas valiente

A punto de arriesgar una batalla :

Y es bueno que este afán vele á su gente,

No vacile ó murmure la canalla :

Dispon pues que nos sirvan de repente

Vianda que se ajuste á nuestra prisa.

Cubre la mesa, y á mi madre avisa.

(Vase Sancho.)

ESCENA IV.

EL CONDE.

Llegó la hora fatal y estoy resuelto.

Quiero salir cuanto antes de este horrible

Vapor de crimen en que vivo envuelto,

Que esta duda infernal me es insufrible.

Queden cumplidos de una vez mis votos,

Y sus intentos para siempre rotos.

Oigo pasos... es ella... me retiro.

Siento que suerte tan fatal la aguarde.

De aquí la acecho y sus acciones miro :

No quiero que mi vista la acobarde.

(Entra en el camarín de la derecha.)

ESCENA V.

LA CONDESA, SALIENDO DE SU APOSENTO.

¡ Ay! parece que tengo en el cerebro

Una hoguera voraz : y á par que él arde

Dentro del pecho con aliento escaso

Siento que helado el corazón me late.

Trémulos van mis piés por mis salones

Sin cierto rumbo y voluntad llevándome,

Y siento retumbar dentro del pecho

El lento són de cada paso que hacen.

Cada murmullo que en el aire suena,

Cada cortina que estremece el aire,

Que anuncian un espectro me parece

Que con callado pié tras de mí sale.

Si al reposo me entrego algun momento

Y al sueño cede mi cansancio grave,

De espantosos de irios asaltada,

Presa despierto de pavor mas grande.

No puedo mas con tan odiosa vida,

Quiero ahogar de una vez tantos afanes :

Sí, que se cumpla mi destino quiero,

Ya que ha de ser al fin inevitable.